

— Psi....

— Pues está restituyendo todo lo mal adquirido. Además, V. sabe que tenía bastante abandonada á su familia, y que á la chita callando solía darle algunos palos á su pobre mujer; pues hoy es un modelo de padres y esposos. En fin, V. sabe que su lengua era un hacha..., pues hoy no despliega los labios sino para decir la verdad y para hacer justicia.

¡ Lástima que su cabeza esté algo extraviada!

— ¿Cómo extraviada? ¿Es posible?

— Así lo creen muchos al ver que dice cosas que no vienen á cuento.

— ¿Y qué cosas son ésas?

— Pues, mire V., dice: *Si el que hizo el reloj necesitó tener ojos, ¿el que hizo nuestros ojos cómo pudo estar ciego? Luego es indudable que Dios nos ve.*

Ya comprende V. que eso no viene á cuento.

— ¡ Ah! Vamos, pues si no es más que eso, dé V. un recado á su mujer, y dígale de mi parte que le pida á Dios conserve á su marido la locura.

— ¿Por qué?

— Porque, si no, va á tener que poner otra vez las costillas en remojo.

Está visto, caballeros. Hay *ilustraciones* que no producen más que garrotazos, usuras é infamias.

En cambio hay locuras que producen virtudes.

De donde yo deduzco que los verdaderos cuerdos son los que el mundo llama locos, y los verdaderos sabios los que el mundo llama ignorantes.

¿ Si sería por esto por lo que Jesucristo echó mano de doce ignorantes para salvar al mundo?

VI

Más pruebas. El grito de la conciencia y la voz de la humanidad.

NFINITAS pruebas más, querido Pablo, te podía dar de la existencia de Dios; pero temo que te aburras y de Padre Machaca me conviertas en Padre Machacón...

— Crea V., Padre, que no me aburro, y repito que toda esa *relojería y maquinaria*

de que V. tanto ha predicado viene de perlas para deshacer muchos revoltijos que le meten á uno en la cabeza.

—Y así andan vuestras molleras como relojes descompuestos. Pues si te parece, y puesto que te gusta, vamos á estudiar otro reloj no menos complicado que el del mundo, y que no menos que el del mundo prueba también la existencia de un sapientísimo relojero. Te hablo, amigo mío, de la conciencia....

—¿Conciencia dijo V.? ¡Pero si dicen que eso es una maquinaria que se destornilló hace años y no hay medio de arreglarla! ¡Si la conciencia la busca todo el mundo y no la encuentra nadie! ¡Bonitos tiempos para hablar de conciencia!

—Fíjate en lo que te digo, y no te vayas por los cerros de Úbeda. Hablo de la conciencia, no en cuanto sinónimo de *honradez*, que así es ya *rara avis*, hijo mío, y que no se encuentra en el mundo de los ateos, ni para un remedio; hablo de ella en cuanto que es sinónimo ó significa una ley natural que á todos nos juzga y nos reprende; que grita en el fondo del alma aunque no

queramos oirla; que es una ley universal, inmutable y eterna; una ley que obliga igualmente al rey que al mendigo, y que por ninguna otra ley puede ser ni derogada, ni limitada, sino que más bien ella es el fundamento de todas las demás leyes; es una ley que no aprendemos con trabajo en los libros, sino que está grabada en todos los corazones, que á todos es natural, por la cual, sin largo examen, sabemos distinguir lo bueno de lo malo, lo justo de lo injusto.

Ahora bien; la ley dice relación necesaria á un Legislador. ¿Y quién es el que ha escrito y grabado dicha ley en los corazones de los monarcas como de los súbditos, de los pueblos antiguos como de los modernos, en el corazón de las tribus indómitas como de las naciones más civilizadas? Este Legislador se da por sí mismo á conocer por la irrecusable voz de la conciencia.

Teodorico, rey de los ostrogodos, se había manchado con la sangre inocente de Símaco. Sucedió un día que, al tiempo de la cena, presentaron en su mesa la cabeza

de un pescado de extraordinaria grandeza, y, al verla, Teodorico dió un grito de espanto y se levantó de su asiento creyendo ver un fantasma que se le venía encima. «Veo, exclamaba, veo la cabeza de Símaco, sus ojos ardiendo, y sus dientes que me quieren desgarrar las carnes.» Y diciendo ¡fuera! ¡fuera!, huyó del salón espantado; y arrojándose, como quebrantado de dolor, sobre su lecho, á los tres días después espiró aquel poderoso rey de los godos.

El emperador Constancio hizo asesinar á su mismo hermano Teodosio, que era un piadoso diácono, y cometió este fratricidio en el mismo día en que dicho hermano diácono le había dado la comunión del cáliz con la sangre adorable del Señor. Desde entonces le atormentaron día y noche zozobras mortales. Doquiera que iba, y á cualquiera parte á que se volviese, le parecía ver á su hermano Teodosio revestido de diácono, presentándole el cáliz lleno de sangre y diciéndole: «Bebe, hermano, bebe.» Huyó de Constantinopla hacia Italia y Sicilia por ver de hallar tranquilidad: mas fué en vano; no podía huir de sí mismo.

¿De dónde venía á estos dos Reyes criminales aquella angustia que les daba continuo tormento? Ningún juez de este



Bebe, hermano; bebe de esta sangre.

mundo los llamaba á juicio, ningún verdugo los amenazaba; las dos inocentes víctimas, ya sepultadas, no les podían hacer ningún daño. Sin embargo, ellos, como su-

cede á todo malhechor, sabían que había un Juez superior á ellos, al pie de cuyo trono pide venganza la sangre inocente derramada, y de cuyas manos justicieras nadie se puede escapar. Y es porque este Juez invisible ha colocado realmente como un trono y tribunal de justicia en lo más íntimo del corazón del hombre, para el que obra el mal.

Y es un Juez que no se deja ganar con dinero, ni engañar con mentiras, ni seducir con adulaciones, y para quien las tinieblas de la noche son como la luz del día. Este Juez invisible que nos habla por la voz de la conciencia, ¿quién le puede negar? Este Juez, digo, es Dios, eterno remunerador de nuestras obras buenas y vengador de las malas. El castiga ya en este mundo toda violación de aquella ley que escribió en nuestros corazones por medio de la voz de la conciencia, la cual condena al prevaricador.

Porque es claro que no es el hombre mismo quien se ha procurado este Juez incómodo de la conciencia que da testimonio contra él, que le angustia, que le persigue, que le atormenta, convirtiendo en amarguras los deleites que esperaba como fruto del peca-

do. Luego la voz de la conciencia demuestra que hay un Dios, y que este Dios es santo, es justo, es infinitamente sabio, que es un Juez invisible que ha formado por sí mismo nuestros corazones, grabando en ellos la ley natural y colocando en medio de ellos el tribunal incorruptible de la conciencia, delante del cual tiemblan hasta los mismos ateos y blasfemos.

—Padre, le oigo á V., y conforme le voy oyendo parece que se van disipando unas como nieblas que trae uno aquí dentro..... Porque, en efecto, hace uno cualquier picardía, y luego á seguida el escarabajeo de la conciencia que le dice á V.: mira, Pablo, eres un tal y un cual. Y es lo que yo me digo. ¿Quién me reprende á mí? Yo no, porque lo oigo á pesar mío y procuro escusarme; nadie de fuera tampoco, porque ¿quién lo sabe? Y además, si alguien se atreviera á decirme á mí ¡eres un bribón!, como á veces me lo dice mi conciencia, le rompía el alma.....

—Déjate de fanfarronadas, y oye una razón más, y no la olvides, para probarte que sí que hay Dios, aunque á algunas doce-

nas de tunantes les convendría mucho que no lo hubiera, porque les iría mejor y engordarían más á sus anchas.

—¿Otra argumentación más? Pues, señor, de ésta voy á salir sabiendo más que el escribano de mi pueblo, del que dicen allí que engañó al demonio.....

—Pues, sí; otra prueba de *sentido común*. El que no la admita no está ya en Leganés porque no hay justicia en la tierra.

—Hay un Dios, y es imposible que no exista. Aquel que dice lo contrario carece de *sentido común*, ó ¡vamos!, está *chalao*.

El *sentido común* es el consentimiento general de todo el mundo, y á nadie es permitido el preferir su propio sentir al de todos los demás hombres. A nadie es lícito decir: «Yo sólo tengo más talento que todo el mundo.»

Así, pues, el *sentido común*, el consentimiento universal de todos los pueblos y todos los siglos, es, no sólo que hay un Ser Supremo, sino que nosotros dependemos de Él, y que le debemos un culto de adoración, de respeto y de amor. El *sentido común* proclama tan alto la existencia de un Dios vivo,

creador y soberano del mundo, que bien puede contestarse osadamente al pobre hombre que niega la existencia de Dios: «Careces de sentido común; eres un insigne majadero.»

Quando todos los pueblos y todos los siglos han creído en Dios, preciso es que esa idea esté muy arraigada y sea muy indestructible en el corazón humano. Y mira, Pablo, que se trabaja por arrancar del corazón del pueblo esa idea y se ha trabajado siempre. Pues, á pesar de eso, todas las naciones, desde las más civilizadas hasta las más salvajes, han reconocido la existencia de Dios, y ni en Africa, ni en América, ni en Oceanía, se ha encontrado un pueblo ateo para remedio de los que lo han buscado *con tanta necesidad*.

Este es un argumento sin réplica contra aquellos que tienen la desgracia de no creer. Harto lo han ellos experimentado. Después de haber registrado en vano todos los rincones del mundo para hallar una nación sin Dios, se les ha ocurrido formar una, y nuestro *ilustrado siglo* es el que ha visto realizarse tan lindo proyecto.

Un perverso y ridículo sujeto, llamado Roberto Owen, hace cosa de cincuenta años logró reunir ochocientos individuos verdaderos *espíritus fuertes*, y absolutamente locos ó faltos de *sentido común*.

Llevóles á los Estados Unidos, escogió un vasto terreno, y trazó allí el plano de una pequeña ciudad, que llamó *Nueva Armonía*: luego les hizo jurar que permanecerían fieles á las solas leyes de la *pura naturaleza*, exhortándoles, sin embargo, á conservar la costumbre de andar *en dos pies*, á fin de que nadie pudiera dudar de que eran hombres. Encargóles, sobre todo, que abolieran enteramente lo *tuyo* y lo *mío*, y que desterraran para siempre de su corazón y de su boca el nombre de Dios; mediante lo cual les prometió, á fe de *ateo*, que ellos y sus hijos llegarían á tal grado de felicidad que el asombrado universo renunciaría por fin á la Religión, al matrimonio y á la propiedad, *la más horrible trinidad de calamidades que gravita sobre nuestra especie*.

Son las propias palabras del impío Owen. Empero todas estas bellas esperanzas acabaron en sainete. Bien fuera porque las en-

fermedades y la miseria se cebaran en aquel rebaño insensato de la *Nueva Armonía*, ó bien que aquellas osadas gentes juzgaran



Owen se volvió á Inglaterra con las orejas gachas y el rabo entre piernas.

del caso devorarse entre sí, no se ha oído hablar más de ellos, y el que los había reunido á costa de tantos sacrificios pecuniaros se volvió á Inglaterra con las orejas gachas y el rabo entre piernas.

VII

Pretextos, excusas y objeciones.

ADMIRABLE, Padre, admirable, pero, ¡vamos!, que como á uno le entran las cosas por los ojos y á Dios nadie lo ha visto....

—Perfectamente; pues entonces no hablemos.

—¡Ajá!.... ya se convence V. de lo que yo sostengo, ¿eh?

—No hablemos, hombre, porque es una tontería. ¿Tú has visto la palabra?

—¡Eh!

—¡No te hagas el bobo! Digo si has visto la palabra.

—Yo no.

—Pues por eso te digo que no hablemos si no crees más que en lo que ves....

—¡Ta! ¡ta! pero la palabra la siento.

—¿Y á Dios no?... ¿No sientes á Dios? Pues qué, ¿no ves esta obra de la Naturaleza? ¿No ves el mundo? ¿No te ves á ti mismo? ¿No ves la grandeza de Dios? ¿No lees escrito su nombre en el cielo estrellado, retratada su hermosura en el campo, cuajado

de flores? ¿No sientes su inmensidad en la inmensidad de los mares? ¿No te sobrecoges de pavor, y sientes y palpas su ira en las inmensas catástrofes del mundo, en los huracanes, en el rayo, en los terremotos?... Yo lo veo, Pablo; lo siento, y ciego voluntariamente está quien diga que no ve á *Aquel* que en todas partes está tan visible, que es la luz de todo.

—Pero, ¡caramba!, si todo eso es tan claro como el agua, ¿cómo hay tantos y tantos que no creen en Dios? Si sólo en mi taller hay ¿qué sé yo? muchísimos que dicen que ellos no creen en más Dios que en el dinero, en el buen bocado y en el buen trago....

—¡Sapientísimos teólogos! ¡Y su testimonio vale mucho! Figúrate si los tales habrán estudiado... en la baraja y en la taberna. Tendrán agotada la materia... de tanto empinar el codo. Déjate de filósofos que sólo estudian... para comer más y mejor.

—Pero, ¡vamos!, que también hay *gente de letras* que dicen lo propio. Políticos, maestros, periodistas, médicos...

—¿Y qué consecuencia sacas de eso?

004324

—Una muy sencilla: que siendo muchos de ellos hombres de talento, sus razones tendrán para no creer en Él...

—¡Donosa consecuencia! Pues vuelve la oración por pasiva y arréglalo todo. Como hay muchos, muchísimos, que siendo hombres de grandísimo talento creen en Dios, sus razones tendrán también para ello. ¿No es verdad?... Ahora lo que falta saber es á cuál de los dos grupos debes tú seguir, y cuál de ellos lleva la razón. Cuál es más numeroso, más honrado, más serio, más digno de crédito bajo todos aspectos; cuál te prueba lo que pretende, y con más razones. Oye este librito:

«... á lo más una docena de hombres me dicen que no hay Dios. Todos los hombres, de todos los siglos y de todos los países, han convenido, al revés, en decir que hay Dios y en reconocerle, temerle y adorarle. ¿Qué debe, pues, pesar más, aun en mi flaco caletre de obrero sin instrucción: el testimonio de estos diez ó doce hombres que declaman como borrachos de rabia contra lo mismo que dicen que no existe, ó el testimonio tranquilo, sereno, sosegado, de to-

dos los hombres de sesenta siglos que á una me aseguran que sí? Luego debo creer en Dios (1).»

—Es verdad; en cualquier otro asunto discutiríamos de este modo.

—¡Pues claro está, hombre! Además, sabes tú muy bien que eso de que exista un Dios que nos ha de juzgar después de muertos es algo peliagudo para el que lleve una vida llena de vicios. Vamos á ver: si tú fueras ladrón, ¿te gustaría que hubiera Guardia civil?

—¡Cáscaras! ¿para qué la necesitaba yo?... ¿Para que me pasaran un cordel por el pescuezo ó me pusieran á la *sombra*?

—Pues ahí está el *quid*. Si no existiera Dios, todo bicho viviente haría lo que le diera la real gana y se procuraría la vida más ancha posible. Por eso los *ateos* se esfuerzan en *convencerse* de que no hay Dios, y para ello declaman y manotean en público diciendo disparates, á ver si, en fuerza de gritar mucho, sus voces se sobreponen al escarabajeo de la conciencia, que no es otra

(1) Sardá.

cosa que una prueba más de la existencia de Dios.

Conque, dime: ¿querrás tú ser de esos que, como los que reniegan de la justicia porque son ladrones, no creen en Dios porque la fe amargaría sus vicios y sus picardías?

—Á fe de Pablo que no; ya sabe V. que soy un hombre honrado. Pero, ¡vamos á ver!: esos *ateos*, ó como se diga, no son una docena, como V. asegura: son muchísimos... y cada vez más.

—Los que se llaman ó por parecer *sabios* ó despreocupados, en efecto abundan, y cada vez más, porque cada vez hay más bribones; pero los que lo son de veras, sobre todo cuando están *solos*, en cualquier peligro, enfermos, y más todavía en la hora de la muerte, ca, hombre, ca... apenas uno. Y si no, oye una observación que prueba esto.

Es curioso el ver que esa pretendida convicción de que no existe Dios produce ordinariamente en los impíos un efecto enteramente contrario á lo que pudiera esperarse.

Si un hombre estuviera convencido de que no hay Dios, dejaría absolutamente de

pensar en Él, y jamás pronunciaría el nombre de una quimera, y no se ocuparía de ella, ni más ni menos que nosotros nos ocupamos de los ídolos de China. Sobre todo no se le ocurriría jamás el aborrecerle ó blasfemarle. No se odia ni se ultraja á lo que se cree que no existe. ¿Reniegas tú nunca de las dioses que adoran los igorrottes? No, porque no crees en ellos. Pues bien: la experiencia lo está demostrando todos los días; cuanto más los impíos niegan la existencia de Dios, tanto más le injurian, tanto más se enfurecen contra Él. Saben, pues, que existe, y sus mismas vociferaciones son una nueva prueba de esa existencia que se quiere, pero no puede negarse.

—Pues entonces, ¿por qué andan por ahí engañando á muchos papanatas, diciéndonos que eso de Dios es cosa de curas, que á Dios lo han inventado los curas para que haya misas y responsos, y qué sé yo qué de cosas dicen...?

—Me duelen los oídos de oír barbaridades; pero, Pablo, lo que es ésa es de órdago. ¡Conque dicen que á Dios lo han inventado

los curas! Es como decir que á los padres los han inventado los hijos, ó que el comer y beber lo han inventado los hombres, etc. ¿Pero no ven *esos sabios* de cuatro pies que la idea de Dios es anterior á la idea de sacerdote, como la idea de padre es anterior á la de hijo? Sin comestibles y *bebestibles*, ¿cómo habría hombres? Si había ya *curas* habría iglesias ó templos, y si había templos existiría la creencia en Dios.

¿O es que puede haber curas sin Dios? ¿O de qué Dios eran curas esos curas que tuvieron caletre para inventar á Dios é imponer su idea y creencia al mundo entero? No hablemos más de eso, que es una objeción de la que se reirían los asnos.... si no fueran tan formales y serios.

Ahora, escucha, para terminar, un trozo preciosísimo que te dice qué cosa es Dios, y que te leeré en un libro del ilustre dominico P. Álvarez.

¿Qué cosa es Dios?

ALLÁ en la primera mitad del siglo XIII vivía en Montecasino, monasterio famoso de la *Campagna felice*, un niño singular, que constantemente importunaba á sus maestros, y les decía: Vosotros me enseñáis que hay Dios; también mi madre me lo decía cuando yo jugueteaba sobre sus rodillas. Pero Dios, ¿qué es? Decidme: ¿qué es Dios? Mi alma desea saberlo; mi corazón está inquieto; ¿qué es Dios? Cuando este niño llegó á ser hombre y se llamó Tomás de Aquino, previendo igual pregunta que otros le harían, dijo: «Para definir á Dios es preciso proceder por vía de negación de las imperfecciones de las criaturas, y por vía de afirmación, acumulación y purificación de todas sus perfecciones, elevándolas á un grado infinito.» Por ejemplo: Nuestros ojos ven cielos inmensos, ya alfombrados de rubicundos arreboles, ya envueltos en gasa azul, ya salpicados de palpitantes astros, ya cubiertos de lúgubre manto, despidiendo fuego, moviendo huracanes, rugiendo en

ira. Vemos montañas que levantan su cabeza cual gigantes hasta besar el alto firmamento, desprecian las tempestades, se burlan de las revoluciones de los siglos y hacen suspirar entre sus peñascos á los mismos vientos. Vemos los mares arrullando con



Mi alma desea saberlo. Decidme, ¿qué cosa es Dios? sus murmullos á los navegantes, levantando en tropel olas y más olas contra la ribera, como destaca el general tropas y más tropas contra las murallas de la ciudad sitiada. Vemos al hombre lanzando miradas de rey, rebosando vida, recorriendo con su inteligencia los orbes creados y por crear.

Vemos la tierra aquí cubierta de verde césped, allí teñida de rosas, más allá sombreada por las selvas. Pues bien : comencemos por eliminar.

¿Es Dios cielo? No, porque el cielo se oscurece. Dios no se oscurece. ¿Es Dios mar? No, los mares son deleznable. Dios no es deleznable. ¿Es Dios tierra? No, la tierra se corrompe. Dios no es corruptible. ¿Es Dios hombre? No, el hombre se muere. Dios es inmortal. Pero en cada uno de estos seres hay perfecciones y bellezas ; recojámoslas, elevándolas á un grado infinito. El cielo es brillante, la mar majestuosa, la tierra fecunda, el hombre inteligente ; juntad esta brillantez, esta majestad, esta fecundidad, esta inteligencia ; elevadlas á un grado infinito. ¿Qué resultará? Un ser infinitamente brillante, majestuoso, fecundo, inteligente : ése es Dios.

.....
El Dios nuestro es el Dios que consuela al desgraciado, acompaña á la viuda solitaria, guarda al tierno niño, y que, cuando más no podemos, sale á tomar venganza de vuestra esposa ultrajada, de vues-

tra hija deshonrada, de vuestros bienes robados. Es el Dios que castiga, no sólo las malas obras que os dañan, sino también los más interiores pensamientos y los más imperceptibles rencores de los enemigos que maquinan vuestra ruina. No hagáis de Dios un espectro cruel ó un monarca impasible que desde su alto sitial contempla indiferente lo mismo el arranque del militar abnegado que la fuga ó traición del cobarde. No quiero ese Dios: su idea me oprime y desespera; quiero un Dios amante, inteligente, justo; y ese Dios existe.

BT101

S5

1892

41514

FEVT

AUTOR

TITULO

Si es verdad que existe dios

FECHA DE

APOSTOLADO DE LA PRENSA

El objeto de esta publicación es el de propagar, entre las clases obreras sobre todo, buenas lecturas, encaminadas principalmente á contrarrestar la propaganda incesante de la prensa impía.

La Junta de Gobierno escogerá, después de maduro examen, los impresos que se han de divulgar, acomodados siempre por su solidez, sencillez y gracia á las necesidades morales y gusto del pueblo, y pondrá sumo empeño en elegir personas que discreta y útilmente los repartan, de modo que sean leídos y dé su lectura el deseado fruto. Aquellas personas que, ó por su vocación, ó por su celo, están en contacto con los pobres é ignorantes, merecerán para este oficio la preferencia.

VAN PUBLICADOS

EL PORQUÉ DE LA RELIGION.—(3.^a ed.)
MAS SOBRE LA RELIGION.—(3.^a ed.)
SI ES VERDAD QUE EXISTE DIOS.—(2.^a ed.)
¿QUE ES ESO DE LA CONFESION?—(2.^a ed.)
BURGUESES Y PROLETARIOS.—(2.^a ed.)
PAN Y CATECISMO.—(2.^a ed.)
EL TERCERO, SANTIFICAR LAS FIESTAS.
¿QUIEN HA VUELTO DEL OTRO MUNDO?
¿PARA QUE SIRVEN LOS CURAS?
CATÓLICOS Y MASONES.
GUERRA A LA BLASFEMIA.
CREO EN JESUCRISTO.

Cada obra forma un tomo en 8.^o mayor de 64 páginas, ilustrado con grabados.

Para los pedidos y suscripciones de esta obra de propaganda, dirigirse á la Librería Religiosa de Guillermo Herrero y Compañía, San José el Real, núm. 3, Méjico.

004